

CAPITULO XVIII.

Donde Anacaona, no pudiendo resistir por más tiempo la duda,
busca la verdad



EN medio de esta desolacion, la figura de Anacaona se destacaba como la síntesis de todos aquellos infortunios.

Sofocando los suspiros que á cada instante queria exhalar su pecho, conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir á sus ojos, reunió todas sus fuerzas para recorrer á todas horas su devastado imperio, dar un ejemplo con su resignacion á los que padecian desesperados, consolar á los afligidos y compartir con ellos las desdichas que habian caido como una maldicion sobre la en otro tiempo bendita isla de Haiti.

Pero todo su valor, toda su energía, no bastaban en alguno momentos á calmar su emocion.

¡Pobre reina!

Con el manto de púrpura desgarrado, con su corona ensangrentada, con el cetro hecho pedazos, habia querido su destino que llegase al colmo de la felicidad para precipitarla en el abismo y acercar á sus labios la copa del dolor, que debia apurar hasta las heces.

Su hermoso Estado de Xaragua habia trocado su risueño aspecto en el más triste y desolador.

Parecia una de esas jóvenes cuyas facciones puras están cubiertas por la palidez de la muerte.

En torno de los pacíficos hogares de sus vasallos habian establecido los españoles sus haciendas, sus casas, y aprovechándose de las órdenes dictadas primero por Bobadilla, y despues por Ovando, habian condenado á aquellos pacíficos indios á la más horrible esclavitud.

¡Oh! allí nació entónces esa plaga que es la vergüenza de los siglos pasados y del presente.

Allí nació la ignominiosa esclavitud, reprobada por la conciencia, reprobada por el derecho de gentes, y solo consentida por la sed de oro que en todo tiempo ha devorado á la humanidad.

Allí empezaron á verse entónces esas escenas que en algunos países modernos se repiten, reglamentadas por la civilizacion.

Allí el señor arrancaba al hijo de los brazos de su madre, separaba al esposo de su esposa, y los cambiaba y los vendia como una mercancía cualquiera, como un animal doméstico.

Queriendo justificar todos aquellos actos con el deseo de atraer al cristianismo á los que no habian nacido bajo su amparo, á los que no se habian vivificado en su luz, ni aun siquiera les consentian rendir culto á sus dioses.

Pobre idea les daban de su verdadera religion, y á no haber sido por el heróico padre Las Casas y algunos otros misioneros, que impregnados en la fe del Evangelio y con la caridad de buenos cristianos acudian á prestar consuelos al corazon de los indios, los que gracias á estos esfuerzos morian con la esperanza de otra vida mejor, hubieran sucumbido maldiciendo á sus opresores en medio de las convulsiones de una horrible agonía.

A estas angustias unia Anacaona el torcedor de la duda.

Bartolomé Colon y Hernando de Guevara le habian asegurado que Caonabo vivia, que los reyes le colmaban de aga-

sajos, que en breve tornaría á su lado, y al mismo tiempo Mogica le habia dicho que su esposo habia muerto.

Higuanamota habia partido con Guevara á España, y Anacaona habia esperado con ansia la llegada de las embarcaciones para saber algunas noticias de su hija, para que confirmasen las palabras de Colon ó le anunciasen su desdicha.

Ninguna de las embarcaciones le habia llevado nuevas de su hija.

Habia preguntado á los recién venidos, y ninguno conocia á Higuanamota ni aun á Hernando.

La pobre Anacaona suponía que su hija habria sido recibida por los reyes y colmada de atenciones como su esposo.

Cuando los españoles recién llegados no conocian á Higuanamota, era señal de que habian sucumbido, ó de que los reyes no le habian dispensado los honores que merecia.

Habia momentos en los que no podia ménos de quejarse de la ingratitud de su hija.

Ni un recuerdo para su madre.

Esto era horrible.

Al fin se decidió á ver á Bobadilla, y este hombre infame:

—No abrigues por más tiempo la esperanza, le dijo; Caonabo ha muerto.

¡Cuesta tanto trabajo dar crédito á las noticias que nos hacen sufrir!

Anacaona recordó las palabras de Bartolomé Colon y de Guevara.

Sabia que Bobadilla profesaba un odio mortal al almirante y á sus hermanos; sabia además el aprecio que ella les profesaba, y creyó desde luego que le daba aquella noticia para aumentar su sufrimiento.

—Yo averiguaré la verdad, dijo Anacaona.

El butio Biautex era un gran adivino.

Anacaona no habia querido consultarle hasta entónces, porque aunque la duda es horrible, el temor de la realidad nos hace preferir el sufrimiento de la incertidumbre.

Pero ya no habia más remedio.

Unos decian que Caonabo habia muerto.

Otros que vivia

Abandonando la ciudad de Santo Domingo, siguió el camino que la vimos recorrer ántes de la batalla de Bonao, atravesó á nado el rio que separaba de la llanura la montaña, en donde tenia su albergue Biautex, y se presentó ante el anciano.

Biautex no estaba solo.

Anacaona lanzó un grito de sorpresa al reconocer en un indio que estaba á su lado á Guaorocaya.

—¡Que Vagoniana sea loada! exclamó Anacaona.

—Bien venida seas Anacaona, exclamó Biautex. En medio de mis amarguras experimento una inmensa satisfaccion al ver reunidos en mi pobre albergue á los dos únicos reyes de Haiti que aún quedan, que han sobrevivido á los desastres que pesan sobre nuestra patria

—De buen augurio considero la presencia en estos sitios de Guaorocaya.

Te he llorado por muerto.

—No, no debia morir. Una voz secreta me decia: «Vive para libertar á tu patria, para exterminar á sus enemigos.» Y esta voz, que ha resonado constantemente en mi oido, me ha dado fuerza para resistir los martirios que me han impuesto los tiranos; me ha dado fuerzas para romper los hierros que sujetaban mis piés, y he podido escaparme, refugiándome aquí para oír los consejos del sabio Biautex, y emprender la última campaña que ha de devolvernos la independenciam ó acabar con nosotros.

—Aún ignoras, puesto que hablas así, el triste estado de nuestros vasallos.

—Gimen en la esclavitud ¿no es cierto?

—No sólo lloran su perdida libertad, sino que han consumido sus fuerzas en el trabajo, su espíritu en la desgracia, y hoy no son más que sombras, cadáveres que se mueven á la voz de sus opresores. Todo cuanto intentemos para sacudir el yugo, será inútil.

—¿Y eres tú, Anacaona? ¿Y eres tú la esposa del heroico Caonabo? Té desconozco. Pero no importa; yo infundiré el valor en el abatido cuerpo de mis hermanos; incendiaré, si es preciso, los bosques, las aldeas; devastaremos el país y moriremos todos, para que nuestros enemigos no puedan hallar más que cenizas y cadáveres,

—Cálmate, Guaorocaya, dijo Biautex. La Providencia se pone al lado de los que defienden causas justas. La opresion que hoy sufrimos, es un castigo que merecian nuestras culpas; pero bien puede ser que Vagoniana esté aplacada, bien puede ser que nuestros martirios sean bastantes para alcanzarnos su perdon, y en ese caso, la victoria estará á nuestro lado. Intentemos el último esfuerzo. Dentro de cinco dias reunamos á los caciques y vayamos con ellos á las profundas cuevas de Cacibaxagua. Allí invocaremos, por medio de los tzimes tutelares, al espíritu de Vagoniana; allí expondremos nuestras quejas, y escucharemos nuestra sentencia. Si nos mandan luchar, lucharemos hasta perecer; de lo contrario, tendremos que resignarnos á sufrir el cautiverio en que estamos.

—No faltaré, dijo Guaorocaya; pero ¡ojalá nos ordenen luchar!

—Yo tambien bajaré á la gruta, dijo Biautex; ahora partid los dos. Dejadme entregado á mi oracion.

—Perdonad, dijo Anacaona; yo necesito de vuestros consuelos para alejar de mi pecho una horrible duda que me martiriza.

—Habla, hija mia, habla.

—Vos que alcanzais con vuestra poderosa mirada á todas partes; vos que teneis el don de la adivinacion, decidme por piedad si vive Caonabo.

En este instante no puedo contestarte. Vuelve mañana al ponerse el sol, y sabrás la verdad.

Anacaona y Guaorocaya partieron.

La primera aguardó con ansia el nuevo dia para disipar la negra duda que le atormentaba.

El segundo corrió á anunciar á los caciques la resolucion de Biautex.

Al dia siguiente volvió Anacaona á la morada del gran butio.

—¿Vive? le preguntó.

—Espera, contestó el gran butio, ahora sabrás la verdad.

Y encendiendo una pequeña hoguera, mandó á un indio fuera al bosque próximo en busca de una culebra viva.

Cogida ésta, hizo que el indio se arrodillase delante de la hoguera y que durante un largo rato la tuviera al calor que producía la hoguera. El reptil que parecia dormido, empezó á retorcerse; pero el indio, con su robusta mano, impedía que se apartase de la llama de la hoguera. Biautex colocó una güira pequeña al lado de la hoguera, precisamente en el punto donde caía la cabeza del reptil, y éste empezó á vomitar un licor viscoso.

El butio entonces cogió la güira, examinó el licor que el reptil habia arrojado y dijo:

—Anacaona, sí, vive, vive.

—Sí, vive, contestó Biautex.

Ebria de alegría, corrió Anacaona á su palacio de Xaragua, dispuesta á mitigar la sed de venganza que sentía Guaorocaya contra los españoles.

Biautex se habia equivocado.

¡Su destino lo habia querido así!